

La reconstrucción del templo

La gran libertad con que trataba Herodes las cosas judías le llevó a una idea de atrevimiento asombroso. El templo edificado por Zorobabel tenía quinientos años, su estilo debía de parecer mezquino, y como abundaba oro en los tesoros del templo y en los del rey, Herodes concibió el proyecto extraordinario de reconstruir y agrandar el edificio sagrado.

Al comunicar esta idea a los judíos, grandes fueron el asombro y el temor. Se sostenía que todas las riquezas del rey no bastaban para tal obra. La situación sería terrible si demolido el templo fuera imposible hacer otro nuevo. Herodes tranquilizó a los timoratos afirmando que la obra no comenzaría hasta que se contara con fondos para terminarla. La opinión cedió o fue sofocada. En el fondo, el idealismo de Israel hacía indiferente esta cuestión de piedra. Con tal de que el sacrificio no se interrumpiese, lo demás era de importancia secundaria. El gran sacerdote no se metió en nada; además, dependía absolutamente del rey.

Se comenzó la obra el año 19 antes de J.C., y la parte esencial se acabó en ocho años. No se finalizó completamente hasta el año 63, en vísperas de la gran revolución, y no duró en estado completo más que seis o siete años. Cuando andaban por él Jesús y sus discípulos, muchas cosas eran aún provisionales.

Fue un trabajo grandísimo y verdaderamente colosal. No sólo dejó de utilizar Herodes las construcciones antiguas, sino que destruyó sus cimientos y duplicó la superficie del terraplén. La gran avenida, con cuatro filas de columnas, que dominaba el valle del Cedrón, era una auténtica maravilla y se llamaba el pórtico de Salomón.

Se reprodujo, aumentándola, la disposición que ofrecía el templo de Zorobabel. Los materiales eran soberbios, y procedían casi todos del subsuelo de Jerusalén. El módulo de la columna de los pórticos era de 1'75 metros, y la longitud de 12. Un paso subterráneo llevaba al rey de la torre Antonia a la puerta oriental del templo, donde había una tribuna en forma de torre, que lo resguardaba de la mala voluntad del pueblo.

Se tuvieron en cuenta los detalles más minuciosos para que nada pudiera molestar a los puritanos en las obras de reconstrucción. Los sacerdotes presidieron los trabajos de albañilería y ebanistería. Herodes no entró ni una vez en los sitios de los cuales estaban excluidos los laicos. El *naos* fue construido por los sacerdotes sólo en dieciocho meses. La dedicación se hizo con toda solemnidad. Sólo el rey hizo inmolar 300 bueyes. Herodes tuvo entonces un momento de popularidad judía, que debió de parecerle cosa muy nueva. La gloria, en el sentido griego, era el móvil de su vida. Aquel templo medio griego fue la gran obra de su reinado.

Duró poco aquel templo. Fue como el esfuerzo supremo que antecede al fin. No salió de él la iglesia cristiana, sino de la sinagoga y de la basílica. Arquitectónicamente, el templo dio la mezquita. El templo de Herodes, no obstante, tuvo su gran destino histórico, pues le fueron muy adictos los cristianos de la primera iglesia de Jerusalén. Santiago, hermano del Señor, pasaba allí los días orando. El mundo piadoso en el que se reclutó el primer cristiano, fue devoto del templo, al cual se iba como ahora la gente religiosa va a la iglesia a pasar horas rezando. Aquellas oraciones fueron atendidas. Los suspiros y lágrimas de los que frecuentaban aquel lugar produjeron la mayor revolución religiosa en la historia; una revolución que aún no ha dicho su última palabra.